

sagrario junto a una lamparilla. Hay mucha paz allí dentro.

Nos cuenta el párroco, don Baldomero, que la verdad es que aquellas gentes se sienten acuciadas por una serie de necesidades primarias insatisfechas para las que hay que buscar una solución. Que esa es también su labor. Que no se puede reducir todo lo que él debe hacer a conseguir una iglesia mayor. «Una vez —nos dice— que fui a ver al arzobispo, que entonces lo era el fallecido don Casimiro Morcillo, le dije que en este barrio no hacían falta iglesias. Bueno, él me entendió; quería decir que hay necesidades más urgentes que la construcción de un templo mejor.» Nos dice don Baldomero, y es radicalmente cierto, que la base está en la falta de cultura, también de cultura religiosa. Creen en Dios, celebran sus fiestas, recurren a sus devociones, pero los domingos no asiste a Misa más de un uno por ciento. En tanto, las condiciones vitales se hacen propicias para que entre los jóvenes se haga propicia la caída en la trampa del primer robo, de la delincuencia, o para que la prostitución empiece a preocupar.

Y los niños. Los niños constituyen uno de los más graves problemas planteados. A ellos sí hay que buscarles un futuro. Se les encuentra por las calles, jugando, corriendo, durante muchas horas del día. Los que se encuentran ya en edad escolar pueden acudir y mayoritariamente lo hacen a los colegios de otros barrios o a los dos que hay en el propio Coromoto. Dicen las cifras estadísticas que el 36,31 por 100 de los habitantes son menores de catorce años. Y el 12,31 por 100, menores de seis años. Es decir, que hay en el barrio unos 1.500 niños que aún no han cumplido los seis años y que aún no pueden ir a un colegio. La mayoría queda prácticamente desamparada durante el día. Los padres van al trabajo. Y surgió la necesidad: hace falta una guardería. Se ha llegado a dar el caso de que algunas madres han dejado a los niños encerrados en casa e incluso atados a la cama o a la ventana, mientras ellas han salido a trabajar.

Don Baldomero ha trabajado incansablemente por esta idea. Fue así como, entre un grupo de personas con decidida vocación de ayudar a los demás, se constituyó la asociación benéfico social «Los gorriones», registrada en la Dirección General de Seguridad. El propósito de conseguir ese jardín de infancia es decidido. Necesitan ayudas. Quien quiera puede dirigirse a la parroquia de Coromoto, a don Baldomero, en la calle de Joaquín Pastor, 46. Toda ayuda será recibida con los brazos abiertos. Ya hay varios solares donde se espera pueda ser construida la guardería. Pero los precios suben día a día. El proyecto de ejecución de las obras ya está en trámite de ejecución a cargo de un profesor de la Escuela de Arquitectura. Ya se ha obtenido de la Gerencia Municipal de Urbanismo la calificación del solar como guardería y está a punto de conseguirse el permiso de edificación de la Comisión del Área Metropolitana. Por el momento, pues, la necesidad más urgente es la adquisición del solar. Están decididos a conseguirlo a costa de lo que sea. El cuadro que se dibuja en aquel rincón de Madrid es desgarrador. Merece ser objeto de atención para poner en práctica soluciones urgentísimas. Pero de manera especial en lo que se refiere a los niños. Son ellos los que están limpios de toda culpa. Los que se merecen un futuro mejor.

Un niño, no más de tres años, se nos ha acercado y se nos ha quedado mirando con unos ojazos inmensos. Hemos pensado en el hombre que será mañana. Y nos hemos tenido que convencer, a duras penas, con un regusto amargo, de que esto también es Madrid.

Miguel Angel FLORES



Sobre estas líneas, una escena que se repite en las calles del barrio de Coromoto. Abajo, junto a la tabla que bajo una sencilla cruz de hierro resalta sobre la pared encofrada de la casa que alberga la parroquia, el encargado de la misma, padre Baldomero Rodríguez.

